

P. Sulpicio, después de haber hecho los votos en el Capitolio y revestido la clámide, salió de Roma con sus lictores, y marchó á Brindis. Incorporó á sus legiones los veteranos del ejército de Africa que quisieron seguirle; eligió naves en la flota del cónsul Cornelio, y dos días después de su partida de Brindis abordó á la Macedonia. Presentáronse allí legados atenienses que venían á rogarle levantase el sitio de su ciudad. En seguida envió hacia Atenas á C. Claudio Centho con veinte naves largas y algunas tropas, porque el Rey no dirigía personalmente el sitio, encontrándose entonces bajo las murallas de Abydos (1), y ya había combatido con Atalo y los rodios (2) en dos batallas navales, en las que no había conseguido la mejor parte. Pero levantaba su ánimo, además de su valor personal, la alianza que había ajustado con Antíoco, rey de Siria (3), y el reparto que se habían hecho de todo el Egipto, amenazando los dos aquel reino desde que se enteraron de la muerte del rey Ptolomeo. La guerra había estallado entre Filipo y los atenienses por un motivo muy fútil: aquel pueblo no había conservado de su antigua grandeza más que el orgullo. Durante los misterios de Eleusis (4)

(1) Al apoderarse Filipo de algunas ciudades griegas del Asia, y entre otras, de Abyso, quería asegurarse posiciones para mantener sitiado á Atalo, cuyos ataques temía por el lado de la Tracia, la parte más débil de su reino.

(2) Estas dos batallas navales se habían librado una cerca de la isla de Lades, en el año segundo de la olimpiada ciento cuarenta y cuatro, y la otra en el año siguiente, cerca de Chío.

(3) Antíoco el Grande, que más tarde hizo la guerra á Roma.

(4) Los eleusinos, acerca de los cuales no se pueden tener ya noticias exactas, eran misterios de los que los hierofantes habían hecho un secreto terrible. El acceso se prohibía á los que no estaban iniciados, á los esclavos, á los hijos ilegítimos y á

dos jóvenes acarnanios, que no estaban iniciados y no conocían aquellas ceremonias, entraron con la muchedumbre en el templo de Ceres. Su lenguaje y muchas preguntas extrañas les denunciaron en seguida: llevaronles ante los sacerdotes, y aunque no pudo dudarse que habían entrado por error, consideróse su imprudencia como horrible sacrilegio, y los condenaron á

los extranjeros, á menos que éstos se hiciesen naturalizar. Solamente con esta condición se admitió más adelante á Hércules, los Dióseuros, y más tarde Anacarsis, Hipócrates, Sila, Juliano, etc. Después se separó á los epicúreos y á los cristianos. Un tribunal especial, cuyo nombre no se atrevían á pronunciar, formado por los ministros de Eleusis, y semejante tal vez al temible Consejo de Venecia ó á los famosos tribunales weimicos, juzgaba á los que se habían hecho culpables ante la diosa, sea revelando lo que había ocurrido en el recinto sagrado, sea penetrando en él sin estar iniciado. Muchos grandes hombres sufrieron persecuciones por faltas de este género. Esquilo fué absuelto con dificultad por el areópago; Alcibiades fué desterrado; Aristóteles creyó prudente abandonar el Atica. Otros, como Sócrates y Demonax, fueron sospechosos por no haberse hecho iniciar. Todo ateniense debía someterse á esta obligación antes de la muerte; por cuya razón, todos, hombres, mujeres y niños, tenían á honor ser admitidos entre los epoptas ó contempladores. Este título no se concedía hasta que, por la iniciación menor, se ganaba el de mysto ó novicio, y después de ayunos, expiaciones y retiros. Creíase que los que morían sin haber sido iniciados iban á los infiernos, donde los sepultaban en estanques de lodo, mientras que los otros ocupaban los sitios más hermosos en los Campos Elíseos. Un día en que estrechaban á Diógenes el Cínico para que se hiciera admitir en los misterios, dió esta tremenda contestación: «¿Cómo? ¿Agésilao y Epaminondas permanecerán en el estercolero, mientras que los ciudadanos más despreciables ocuparán las islas Afortunadas, donde quiera que se encuentren? Prefiero la compañía de nuestros grandes hombres.» Estos misterios, en los que se reconocía la inspiración del fanatismo, y algunas veces la alta sabiduría de los sacerdotes de Oriente, decíase que habían sido introducidos en Grecia por Eumolpo, á quien los enseñaron las hijas de Danaus.

muerte. Los acarnanios denunciaron á Filipo aquel acto de crueldad y de barbarie, y consiguieron de él un cuerpo de tropas macedónicas y el permiso de hacer la guerra á los atenienses. Su ejército entró primeramente por el Atica á sangre y fuego y regresó á Acarnania cargado de rico botín. Esta fué la primera causa de la irritación de los ánimos. Después se llegó á una guerra formal. Atenas fué la primera en declararla. El rey Atalo y los rodios persiguieron á Filipo, que se retiró á Macedonia, y llegaron á Egina; desde allí marchó Atalo al Pireo para renovar y robustecer su alianza con los atenienses. La ciudad entera salió á recibirle; los ciudadanos con sus esposas é hijos, los sacerdotes con sus ornamentos sagrados, y casi puede decirse que hasta los dioses salieron de sus templos para recibir al Rey.

Convocóse en seguida al pueblo para que, del mismo Rey, oyese las proposiciones que iba á hacer; pero después se juzgó más conveniente pedírselas por escrito que exponerle á avergonzarse, bien cuando recordase en público sus propios beneficios á la ciudad, bien cuando oyese las aclamaciones y aplausos de la multitud, cuyas excesivas alabanzas (1) habían de mortificar su modestia. En la carta que envió Atalo y que se leyó en plena asamblea, hablaba primeramente de sus beneficios á sus aliados los atenienses; después de sus hazañas contra Filipo, y terminaba exhortando á los ciudadanos á comenzar la guerra, contando con su apoyo, con el de los rodios y el de los mismos ro-

(1) Vese que había llegado para este pueblo el período del servilismo, y que, en vez de su antigua grandeza, solamente le quedaba vano amor propio, estéril facundia y excesivo ardor para adular ó maldecir á los reyes.

manos; que si por sus vacilaciones perdían tan excelente ocasión, en vano procurarían recobrarla. En seguida se recibió en audiencia á los legados de los rodios, que podían alegar un favor reciente: los macedonios habían capturado cuatro naves atenienses, y los rodios las habían recobrado y devuelto. La guerra contra Filipo fué decretada por aclamación. Prodigáronse grandes honores, primeramente al rey Atalo, y después á los rodios. Entonces se trató por primera vez de crear una tribu nueva, que se llamaría Atalida y que se añadiría á las diez anteriores. Ofrecióse á los rodios una corona de oro en premio de su valor, y se les concedió el derecho de ciudadanía, como los rodios lo habían conferido antes á los atenienses. Inmediatamente después marchó Atalo á reunirse con su flota en Egina; desde este punto hicieron rumbo los rodios hacia Cía, y después á Rodas, pasando por las Cycladas: todas, exceptuando Andros, Paros y Cythnos, ocupadas por guarniciones macedónicas, ajustaron alianza con ellos. Atalo había enviado legados á Etolia, y la necesidad de esperar su regreso le retuvo algún tiempo inactivo en Egina. No consiguió sublevar los etolios, que estaban muy satisfechos por haber ajustado la paz con Filipo; pero si el Rey y los rodios hubiesen estrechado entonces de cerca al monarca, habrían podido merecer el glorioso título de libertadores de Grecia. Pero dejando á Filipo pasar de nuevo al Helesponto, ocupar en la Tracia los puntos más favorables y reunir sus fuerzas, prolongaron la guerra y dejaron á los romanos el honor de sostenerla y terminarla.

Filipo mostró más energía y ánimo regio; aunque no había podido hacer frente á las fuerzas de Atalo y de los rodios, no se asustó de la guerra con que le amena-

zaban los romanos. Envió á un general suyo, Philocles, con dos mil infantes y doscientos caballos á talar las tierras de los atenienses; puso su flota á las órdenes de Heraclides (1) y le mandó dirigirse á Maronea (2): él mismo se encaminó por tierra hacia aquella ciudad con dos mil hombres de tropas ligeras y doscientos jinetes, y la tomó al primer asalto. En seguida se apoderó de Enos, después de trabajoso sitio, triunfando por la traición de Ganymedes, capitán de Ptolomeo. Sucesivamente se apoderó de otras muchas ciudades, Cypsela, Dorisco y Serrheo. En seguida avanzó en el Quersoneso, donde le abrieron sus puertas Eleonta (3) y Alopeconesa. También se sometieron Galípolis y Madytos y otras plazas menos notables. Pero Abydos se negó á recibir los legados del Rey y les cerró sus puertas. El sitio de aquella ciudad detuvo mucho tiempo á Filipo, y tal vez hubiera podido salvarse, á no ser por la inacción de Atalo y de los rodios. Atalo se limitó á enviar trescientos hombres de socorro, y los rodios una sola cuatrirreme de su flota, cuando se encontraba ésta en Tenedos. Más adelante, cuando los sitiados se encontraban casi en el extremo, Atalo pasó al continente, se acercó á la ciudad y se contentó con hacer brillar á los ojos de sus aliados la esperanza de un socorro, sin hacer la menor tentativa por mar ni por tierra.

Los abydenos habían colocado sobre sus murallas

(1) Este jefe era un desterrado de Tarento, corrompido y lleno de crímenes.

(2) Famosa especialmente por sus vinos. Al apoderarse de todas estas plazas, Filipo quería especialmente fortalecer sus fronteras orientales por el lado de la Tracia, por donde más fácilmente podía penetrar el enemigo.

(3) Ciudad del Quersoneso de la Tracia, frente al promontorio Sigeo.

máquinas que defendían las inmediaciones por el lado de tierra, y hasta hacían muy peligrosa la posición de las naves enemigas. Pero cuando vieron destruida parte de sus defensas y que las minas llegaban hasta la muralla interior que apresuradamente habían levantado, enviaron legados al Rey para negociar la capitulación. Pedían que la cuatrirreme rodiana con su tripulación y los refuerzos que había enviado Atalo pudiesen salir de la ciudad y que les permitiese á ellos mismos retirarse cada uno con un vestido. Filipo se negó á entrar en negociaciones, si no se rendían á discreción. Esta respuesta encendió la ira, y arrastrados, como los saguntinos, por furioso vértigo, corrieron á encerrar sus mujeres en el templo de Diana, los jóvenes de condición libre, las jóvenes y hasta los niños con sus nodrizas en el gimnasio; llevaron al foro cuanto poseían de oro y plata; amontonaron sus telas ricas en la nave rodia y en otra de Cyzica, que se encontraban en el puerto; hicieron presentarse á los sacerdotes y las víctimas, y levantar un altar en medio del foro. Allí eligieron primeramente los que debían, en cuanto viesen á sus ciudadanos caer muertos en la brecha al rechazar al enemigo, degollar en seguida á las mujeres y á los niños, precipitar al mar el oro, la plata y las ropas amontonadas en las naves, y en seguida incendiar los edificios públicos y particulares en el mayor número posible de puntos. Todos se ligaron por juramento, repitiendo ante los sacerdotes terribles imprecaciones á ejecutar aquel triste y execrable atentado. En seguida, cuantos se encontraban en estado de pelear juraron no abandonar la brecha sino muertos ó vencedores. Fieles á su juramento, pelearon con tal ardor, que sin esperar la noche, que iba á poner término al combate, asustado

Filipo ante su desesperación, se apresuró á mandar la retirada. Los que habían quedado encargados del papel más odioso en aquel sangriento drama, viendo que había sobrevivido corto número de combatientes y que se encontraban extenuados por las heridas y el cansancio, en cuanto amaneció enviaron á los sacerdotes con las cintas sagradas á entregar la ciudad á Filippo.

Antes de la rendición de los abydenos, y al tener noticia del sitio, M. Emilio, el más joven de los tres legados enviados á Alejandría, marchó con el consentimiento de sus colegas á ver á Filippo, á quien reconvinó por haber emprendido la guerra contra Atalo y los rodios, y especialmente por sitiar en aquel momento á Abydos. El Rey contestó que Atalo y los rodios le habían provocado. «¿Y los abydenos te han atacado los primeros también?» le preguntó. Poco acostumbrado á oír la verdad, pareció á Filippo aquel lenguaje demasiado altivo para dirigido á un rey: «Tu juventud, le dijo, tu belleza y, sobre todo, el nombre romano, te inspiran orgullo. Pero, ante todo, quisiera veros fieles á los tratados y guardar la paz conmigo. Si me traéis la guerra, preparado estoy para hacerla, para demostraros que el poder y el nombre de los macedonios tienen, como los de los romanos, brillo militar.» Después de despedir de esta manera al legado, Filippo se apoderó del oro y de la plata que habían amontonado, pero perdió los prisioneros que esperaba hacer: Ciegos los habitantes por loco furor, imaginaron que hacían traición á los que habían sucumbido combatiendo; acusáronse recíprocamente de perjurio y reconvinieron principalmente á los sacerdotes por haber entregado vivos al enemigo á los que habían destinado á la muerte. Así, pues, cada

cual corrió por su lado para degollar á su esposa y sus hijos, matándose ellos como pudieron. Sorprendidos en estos frenéticos arrebatos, el Rey contuvo el ardor de sus soldados é hizo saber que daba tres días á los abydenos para morir. Los vencidos aprovecharon el plazo para ejercer sobre sí mismos más crueldades que habría cometido el vencedor más implacable: exceptuando aquellos á quienes la prisión ú otros obstáculos impidieron darse la muerte, ni un solo habitante cayó vivo en poder del enemigo (1). Filippo dejó una guarnición en la ciudad y regresó á su reino. Como Anníbal después de la ruina de Sagunto, después del desastre de Abydos Filippo se mostró impaciente por combatir á los romanos: en estos momentos fué cuando recibió los mensajeros y supo por ellos que el cónsul se encontraba ya en el Epiro y que había tomado cuarteles de invierno en Apolonia (2) para su ejército de tierra y en Coreyra para la flota.

Entretanto los legados enviados al África habían presentado la queja contra Amílcar, que mandaba el ejército galo. Los cartagineses contestaron que todo lo que podían hacer era condenarle al destierro y confiscarle los bienes; que en cuanto á los tráfugas y desertores habían devuelto todos los que por activas investigaciones habían encontrado, y que enviarían al Senado una legación encargada de darle satisfacciones. Con este objeto enviaron doscientos mil modios de trigo

(1) Polibio dice que unos perecieron por la cuerda ó el hierro, otros se precipitaron en el fuego, en los pozos ó desde los techos de las casas.

(2) Esta ciudad, que Cicerón llama *magram et gravem*, era célebre por un oráculo de Apolo, que consultaban arrojando incienso al fuego.

á Roma y otros tantos al ejército de Macedonia. Los legados romanos marcharon en seguida á Numidia, á la corte de Masinissa, le entregaron los regalos y le dieron cuenta de la misión que llevaban, aceptando mil jinetes numidas en vez de los dos mil que les ofreció Masinissa. Este príncipe vigiló personalmente el embarque y los dirigió á Macedonia con doscientos mil modios de trigo é igual cantidad de cebada. Los legados debían ver en tercer lugar á Vermina, quien salió á recibirles hasta la frontera de su reino y aceptó de antemano las condiciones de paz que quisieran dictarle, declarando que todas las encontraría justas y buenas para estar en paz con el pueblo romano. Diéronle á conocer las cláusulas del tratado y le invitaron á nombrar legados que fuesen á Roma á ratificarlo.

Por la misma época regresó de España el procónsul L. Cornelio Lentulo: dió cuenta ante el Senado de las hazañas y triunfos con que se había distinguido durante muchos años, y pidió permiso para entrar en triunfo en la ciudad. El Senado reconoció que merecía el triunfo, pero añadió «que no había ejemplo de que los antepasados lo hubiesen concedido á un general que no hubiese tenido el título de dictador, de cónsul ó de pretor, y él había mandado en España como procónsul y no como pretor (1). Inclinábanse, sin embargo, á concederle la ovación; pero el tribuno del pueblo Ti. Sempronio Longo se opuso á ello, sosteniendo que aquella innovación sería igualmente contraria á las costumbres de los antepasados y que no tenía ejemplo.

(1) Por esta razón, el procónsul Scipión no obtuvo el triunfo, porque hasta entonces nadie había triunfado sin ejercer magistratura al realizar la hazaña. El procónsul tenía autoridad, pero no ejercía magistratura.

Sin embargo, concluyó por ceder al deseo general de la asamblea; se dió el senatusconsulto, y L. Lentulo entró en Roma con los honores de la ovación. De los productos del botín llevó al Tesoro cuarenta y cuatro mil libras de peso de plata y dos mil cuatrocientas cincuenta de oro, recibiendo veinte ases cada soldado.

Ya se había trasladado el ejército consular de Arreccio á Ariminio, y los cinco mil auxiliares latinos habían pasado de la Galia á la Etruria. En seguida avanzó L. Furio á marchas forzadas desde Ariminio contra los galos, ocupados entonces en el sitio de Cremona, y marchó á acampar á quinientos pasos del enemigo. La ocasión era excelente para conseguir brillante triunfo, si en cuanto llegó hubiese llevado sus tropas contra el campamento. Los galos se encontraban dispersos por los campos, habiendo dejado muy escasas fuerzas para guardarle; pero Furio temió el cansancio de sus soldados después de una marcha forzada. Llamados los galos por los gritos de sus compañeros, renunciaron al botín que tenían á su alcance, volvieron al campamento, y á la mañana siguiente presentaron la batalla. El pretor la aceptó sin vacilar, pero apenas tuvo tiempo para formar sus huestes, porque el enemigo avanzó á la carrera. El ala derecha de los dos cuerpos que formaban el ejército de los aliados fué colocada en primera línea, y las dos legiones romanas quedaron de reserva. M. Furio mandaba el ala derecha, M. Cecilio las legiones y L. Valerio Flacco la caballería: los tres eran legados. El pretor tenía consigo otros dos legados, M. Letorio y P. Titinio; habiéndose encargado él de observar al enemigo y de acudir á donde intentase alguna sorpresa. Los galos reunieron al principio todos sus esfuerzos en un solo punto, lisonjeándose con abrumar y destruir el ala

derecha, que ocupaba la primera línea. Viendo que no podían conseguirlo, trataron de rodear las alas y envolver á los romanos, cosa que les parecía fácil á causa de su superioridad numérica. En cuanto lo observó el pretor, procuró extender también su línea, mandó avanzar las dos legiones de la reserva á derecha é izquierda del cuerpo que combatía en primera línea, y ofreció un templo á Júpiter si derrotaba aquel día al enemigo. En seguida mandó á L. Valerio que lanzase por un lado la caballería de las dos legiones y por el otro la de los aliados sobre las alas del enemigo para impedirle que envolviese la línea de los romanos. Al mismo tiempo, como vió que los galos habían debilitado el centro para prolongar las alas, le hizo atacar por sus soldados, recomendándoles apretar las filas para romper las del enemigo. Las alas quedaron deshechas por la caballería y el centro por la infantería; rechazados en seguida los galos en todos los puntos y habiendo experimentado considerables pérdidas, emprendieron la fuga y volvieron á su campamento en desorden. La caballería les persiguió; las legiones llegaron poco después y forzaron las fortificaciones. Apenas pudieron escapar seis mil hombres, perdiendo treinta y cinco mil el enemigo entre muertos y prisioneros; cogieronle setenta enseñas y más de doscientos carros galos cargados de rico botín. Amílcar, el general cartaginés, pereció en la batalla, y con él tres de los principales jefes del ejército galo. Los dos mil cautivos de Placencia, todos de condición libre, volvieron á la colonia.

La victoria era importante y produjo mucho regocijo en Roma. En cuanto se recibió la carta del pretor se decretaron tres días de acciones de gracias. Cerca de dos mil hombres, entre romanos y aliados, habían que-

dado en el campo de batalla; la mayor parte pertenecían al cuerpo de la derecha, contra el que los galos dirigieron al principio todos sus esfuerzos. El pretor casi había terminado aquella guerra, y el cónsul C. Aurelio, libre de los cuidados que le habían retenido en Roma, marchó á la Galia é hizo que el pretor le entregase el mando del ejército victorioso. El otro cónsul había llegado á su provincia á fines del otoño, estableciendo sus cuarteles cerca de Apolonia. De su flota, que estaba en Cercyra, envió, como ya dijimos, veinte trirremes á Atenas, bajo las órdenes de C. Claudio. La llegada de estos socorros al Pireo en el momento en que los aliados comenzaban á desalentarse, reanimó sus esperanzas. En efecto, cesaron por tierra las incursiones de los que venían desde Corinto por Megara á devastar los campos; y por mar, los piratas de Calcis (1), que asolaban aquellos parajes y hasta talaban los campos inmediatos á la costa, no se atrevieron á doblar el cabo Sumnio, ni á salir del estrecho de Euripo y aventurarse en plena mar. Además de este socorro, los atenienses recibieron de Rodas tres cuadrirremes, y ellos tenían tres naves descubiertas, que habían equipado para la defensa de las costas. Claudio no pretendía con aquella flota más que poner por el momento á Atenas y su territorio al abrigo de toda ofensa; pero la fortuna le ofreció ocasión de empresa más atrevida.

Algunos desterrados de Calcis, arrojados por las violencias de los soldados del Rey, dijeron que podían apoderarse de la ciudad sin combate. Sabiendo los macedonios que no tenían que temer ningún enemigo en

(1) Calcis (Euripo) era la capital de la Eubea. El Euripo era tan estrecho enfrente de esta ciudad, que apenas pasaba por él una galera.

las inmediaciones, se habían dispersado por todos lados, y los habitantes, que confiaban en la guarnición macedonia, descuidaban la custodia de la ciudad. Con estas noticias se hizo á la vela Claudio, llegando demasiado pronto á Sumnio, por tener tiempo de ganar la entrada del estrecho de Eubea; pero temiendo que le viesen si doblaba el cabo, dejó su flota al ancla hasta la noche. Al obscurecer se puso en movimiento con tiempo tranquilo, llegó á Calcis poco antes de amanecer, y, abordando por el lado en que eran raras las casas, hizo que algunos soldados escalasen y tomasen las torres inmediatas y la muralla contigua; aquí estaban dormidos los centinelas, allá abandonadas las guardias. En seguida avanzaron hacia los barrios más poblados, mataron á los centinelas, abrieron la puerta é hicieron entrar al resto de las tropas. Entonces quedó invadida toda la ciudad, y para aumentar la confusión, prendieron fuego á las casas que rodeaban el foro. El incendio devoró los graneros del Rey y el arsenal con todos los aprestos de guerra y las máquinas que encerraba. Degollaron indistintamente á los que huían y á los que intentaban resistir, hiriendo sobre todo ó ahuyentando á los que se encontraban en condiciones de empuñar las armas. Sopater el arcanario, que mandaba la guarnición, quedó muerto con los demás. Hecho esto, reunieron todo el botín en el foro, desde donde lo trasladaron á las naves. Los rodios derribaron las puertas de la prisión y dieron libertad á los cautivos que Filipo tenía encerrados allí como en paraje más seguro. Las estatuas del Rey fueron derribadas y mutiladas. Tocando entonces marcha la bocina, se reembarcaron, y la flota volvió al Pireo, de donde había partido. Si los romanos hubiesen tenido bastantes fuerzas para

ocupar á Calcis sin abandonar la defensa de Atenas, hubiese sido gran ventaja al comenzar la guerra quitar al Rey Calcis y el Euripo; porque si las Termópilas cierran la Grecia por tierra, el Euripo la cierra por mar.

Encontrábase Filipo en Demetriades, y allí supo el desastre de sus aliados. Era demasiado tarde para socorrerles, estando ya consumada su ruina; pero la imposibilidad de auxiliarles se trocó en deseo de venganza. Partió, pues, con cinco mil hombres de infantería ligera y trescientos caballos, y corrió, por decirlo así, hasta Calcis, creyendo seguro sorprender allí á los romanos. Engañado en esta esperanza, y no habiendo podido llegar más que para presenciar el triste espectáculo que ofrecían las ruinas, humeantes aún, de la ciudad incendiada, dejó allí algunas fuerzas, muy cortas, para sepultar las víctimas de la guerra, y en seguida, retrocediendo con tanta rapidez como había venido, pasó el Euripo por un puente, atravesó la Beocia y marchó hacia Atenas, esperando que esta nueva empresa tuviese mejor éxito. Y en efecto hubiese triunfado, á no ser porque uno de esos correos que los griegos llaman hemerodromos (1), porque en un día recorren considerable distancia, habiendo visto desde el punto en que estaba de vigía el ejército del Rey en marcha, se adelantó y llegó á Atenas á media noche. Los habitantes dormían descuidados; esto era lo que perdió á Calcis pocos días antes. Despertados apresuradamente por el correo, el pretor de Atenas y Dioxippo, capitán de una cohorte de mercenarios, reunieron sus tropas en el foro é hicieron tocar la bocina

(1) Sus funciones consistían en observar á lo lejos lo que pasaba, y dar la noticia por medio de señales ó acudiendo precipitadamente.

desde lo alto de la fortaleza para advertir á los ciudadanos la llegada del enemigo. En seguida acudieron desde todos los puntos de la ciudad á las puertas y murallas. Pocas horas después, y algo antes de amanecer, se presentó Filipo al pie de las murallas. Cuando vió muchas hogueras y oyó confuso ruido de hombres que se agitaban, como ordinariamente ocurre en las alarmas, se detuvo mandando á los soldados hacer alto y descansar: habiendo fracasado la astucia, estaba decidido á emplear la fuerza, y atacó la ciudad por el lado de la puerta Dypila (1), puerta situada, por decirlo así, á la entrada de Atenas, y algo más alta y más ancha que todas las demás; dos vías espaciosas llegaban á ella, una del interior y otra del exterior: la primera permitía á los habitantes marchar desde el foro á la puerta en orden de batalla; la segunda es una calzada de cerca de mil pasos que conduce al gimnasio de la Academia, dejando libre espacio á la caballería é infantería enemigas para desenvolverse. Los atenienses, después de formarse en batalla detrás de la puerta, desembocaron por aquella calzada con el refuerzo de Atalo y de Dioxippo. Al verles Filipo, creyó tenerles en su poder y saciar la sed de matanza en que ardía desde mucho tiempo, porque Atenas era la ciudad de la Grecia que odiaba más. Exhortó á su ejército «á que combatiese con los ojos fijos en él y que no olvidase que enseñas y soldados debían encontrarse donde estuviese el Rey.» En seguida lanzó su caballo entre los enemigos, arrebatado por el deseo de gloria tanto como por la ira. Inmensa multitud coronaba las murallas como para gozar de un espectáculo, y Filipo deseaba

(1) Esta era la puerta más grande de Atenas.

que le viesen peleando. Lanzóse, pues, delante de su línea con algunos jinetes y penetró en medio de los atenienses, animando así á los suyos con vivo ardor y difundiendo espanto entre los enemigos. A muchos hirió con su propia mano, de lejos y de cerca rechazó á los atenienses y los persiguió en persona hasta la puerta. El paso que ofrecía, resultaba estrecho para la multitud que se agolpaba, y Filipo pudo hacer espantosa matanza; en seguida se retiró sin que le inquietasen, á pesar de la imprudencia con que había avanzado. Los que guarnecían las torres de la ciudad no se atrevían á usar sus venablos, por temor de alcanzar á sus compañeros confundidos con sus enemigos. Desde aquel momento los atenienses se mantuvieron encerrados en la ciudad. Filipo mandó retirada y marchó á acampar al Cynosarges (1), donde hay un templo de Hércules y un gimnasio rodeado de un bosque sagrado. El Cynosarges, el Lyceo y todos los parajes sagrados, todos los puntos de recreo de las inmediaciones de Atenas, fueron entregados á las llamas; los macedonios destruyeron, no solamente las casas, sino hasta los sepulcros (2), y en su ciega cólera no respetaron las leyes divinas ni las humanas.

A la mañana siguiente, habiendo permanecido cerradas primeramente las puertas, las abrieron de pronto para recibir los refuerzos que Atalo enviaba de Egina y á los romanos que venían del Pireo; Filipo se retiró entonces á unas tres millas de Atenas. Desde allí marchó

(1) El Cynosarges era un gimnasio destinado, como el del Liceo y la Academia, á la instrucción de la juventud. También era punto de reunión de los ociosos.

(2) Todas las sepulturas estaban fuera de las murallas, en parajes reservados ó en casas de campo.



á Eleusis, esperando sorprender el templo y la fortaleza que lo rodea y domina. Pero observó que las guardias estaban vigilantes y que la flota llegaba del Pireo en socorro de la plaza: renunció, pues, á aquella empresa, y se dirigió hacia Megara y después directamente hacia Corinto. Allí supo que la liga de los aqueos se había reunido en Argos, y, en el momento en que menos se esperaba, se presentó en la asamblea. Deliberábase acerca de la guerra contra Nabis, tirano de Lacedemonia. Desde que Cycliades había reemplazado en el mando á Filopemero, siendo general mucho menos hábil, agotábanse los recursos de los aqueos. Nabis había aprovechado aquella circunstancia para encender de nuevo la guerra; talaba las tierras de sus vecinos y hasta comenzaba á amenazar sus ciudades. Para combatirle se ocupaban entonces en convenir el contingente de fuerzas que había de suministrar cada ciudad aliada. Filipo prometió libertarles de toda inquietud por parte de Nabis y de los lacedemonios, comprometiéndose, no sólo á preservar del todo las tierras de sus aliados, sino á arrojar todos los males de la guerra sobre la Laconia, llevando allá en seguida su ejército. Con unánime consentimiento se recibió aquella oferta. «Pero, añadía, justo es que, al ofrecerme para vuestras posesiones el socorro de mis armas, no comprometa la seguridad de las mías. Así, pues, si lo creéis conveniente, levanted las tropas necesarias para defender Orea, Calcis y Corinto; de esta manera nada tendré que temer á mi espalda y podré caer sobre Nabis y los lacedemonios sin inquietud.» Los aqueos comprendieron entonces el objeto de aquellos ofrecimientos tan generosos y promesas de socorro contra los lacedemonios; vieron que Filipo solamente buscaba llevar su juventud

fuera del Peloponeso para tener rehenes y comprometer la liga en la guerra contra los romanos. El pretor Cycliades creyó inútil hacer ver lo insidioso de las proposiciones, y se limitó á contestar que las leyes de los aqueos prohibían tratar otros asuntos que los que eran objeto de la reunión; y cuando se hubo decretado el levantamiento de un ejército para combatir á Nabis, disolvió la asamblea con valor é independencia, aunque hasta aquel día había pasado por ser uno de los cortesanos más adictos al Rey. Frustrada aquella grande esperanza de Filipo, alistó algunos voluntarios y en seguida regresó á Corinto y de allí al Ática.

Mientras se encontraba Filipo en Acaya, Filocles, uno de los generales del Rey, partió de la Eubea con dos mil tracios y macedonios para talar las fronteras del Ática, y atravesó el desfiladero de Cytherón por el lado de Eleusis. En seguida envió la mitad de sus tropas á saquear el campo, y él permaneció oculto con el resto en paraje á propósito para una emboscada, para estar dispuesto á caer bruscamente y de improviso sobre los enemigos en desorden, si desde la fortaleza de Eleusis hacían alguna salida contra los merodeadores. Descubierta el lazo, Filocles llamó á sus soldados, que se habían dispersado para saquear, les ordenó en batalla y marchó á sitiarse la fortaleza de Eleusis. Resultando muy maltratado, se retiró y reunió con Filipo, que llegaba de Acaya. El Rey trató también de apoderarse de la fortaleza; pero la flota romana acudió del Pireo, y el refuerzo que introdujo en la plaza le obligó á renunciar á su empresa. Entonces dividió su ejército, encargó á Filocles llevar una parte á Atenas, y él se dirigió con la otra al Pireo, esperando que la marcha de Filocles, que avanzaría hasta el pie de las

murallas y amenazaría á la ciudad con un asalto, rendiría en ella á los atenienses y le permitiría apoderarse del Pireo, en el que habrían dejado débil guarnición. El ataque del Pireo no le produjo mejor resultado que el de Eleusis, siendo casi las mismas tropas las que lo defendían. Del Pireo marchó el Rey de pronto sobre Atenas; pero atacado bruscamente por un cuerpo de caballería é infantería en el estrecho espacio comprendido entre las dos murallas medio arruinadas (1) que unen á Atenas con el Pireo, fué rechazado, y renunciando al sitio de la ciudad, dividió de nuevo sus tropas con Filocles y marchó á talar los campos. En sus devastaciones anteriores habíase limitado á destruir las tumbas en derredor de Atenas; ahora no quiso exceptuar nada en sus profanaciones, mandando derribar é incendiar los templos consagrados á los dioses en cada caserío. El Ática estaba llena de obras maestras de este género, gracias á la abundancia de sus mármoles y al genio de sus artistas; así fué que el furor del Rey encontró en que satisfacerse. No se contentó con demoler los templos y derribar las estatuas de los dioses, sino que hasta hizo romper las piedras, para impedir que sirviesen para reconstruir aquellas ruinas si las dejaba enteras. Cuando de esta manera hubo saciado su cólera, ó mejor dicho, cuando su cólera no tuvo donde saciarse, pasó del territorio enemigo á la Beocia y ya no hizo nada en Grecia digno de mención.

El cónsul Sulpicio se encontraba entonces acampado

(1) Sabido es que la ciudad estaba unida al Pireo por dos murallas de sesenta pies de altas y cuatro estadios de largas. Las construyeron Temístocles y Pericles, las derribaron en tiempo de los treinta tiranos, las reedificó Conón, las destruyó Sila y se reconstruyeron bajo Valeriano y Galiano.

entre Apolonia y Dirraquio, cerca del río Apso. Llamó allí á su legado L. Apustio y le envió con parte de sus fuerzas á talar el territorio enemigo. Apustio se lanzó sobre las fronteras de la Macedonia, tomó al primer asalto las fortalezas de Corrago, Gerunio y Orgesso, y se presentó delante de Antipatria, ciudad situada en estrecho desfiladero. Primeramente invitó á los jefes á una entrevista, y trató de persuadirles para que se entregasen á la generosidad de los romanos. Pero viendo que la elevación de las murallas y posición de la ciudad les hacía desdeñar sus proposiciones, recurrió á la fuerza de las armas; se apoderó de Antipatria y después de degollar á todos los jóvenes y abandonar el botín á los soldados, mandó arrasar las murallas é incendiar las casas. El temor de igual suerte decidió á la plaza de Codrión, á pesar de sus defensas naturales y fortificaciones, á rendirse sin resistencia. Dejaron en ella guarnición, y en seguida tomaron por asalto la ciudad de Gnido, cuyo nombre solamente se conoce por la célebre Gnido del Asia. El legado regresaba hacia el Cónsul, cargado con rico botín, cuando Athenágoras, uno de los generales del rey, cayó sobre su retaguardia en el paso de un río, é introdujo el desorden en las últimas filas. A los gritos de alarma de los soldados acudió á toda brida Apustio, mandó volver las enseñas, colocó los bagajes en el centro y formó sus tropas en batalla. Las tropas del rey no pudieron desde aquel momento sostener el choque de los romanos, y dejaron muchos muertos y muchos más prisioneros. El legado entregó el ejército incólume al Cónsul y en seguida marchó á reunirse con la flota.

El éxito de esta expedición, que inauguraba con tanta fortuna la campaña, hizo acudir al campamento